

## Algunas reflexiones críticas sobre la lectura de Michel Foucault del *Erótico (Amatorius)* de Plutarco<sup>1</sup>.

Pau Gilabert Barberà<sup>2</sup>  
Universitat de Barcelona

Al analizar *El Erótico* de Plutarco, M. Foucault pone el énfasis en un hecho significativo: por primera vez el amor masculino o pederastia y el amor femenino o matrimonio son cotejados y sometidos a juicio. El veredicto emitido por Plutarco –porque en verdad se trata de un veredicto– no tiene que ver con las excelencias de la pederastia griega –es decir, una suerte de institución cuyo objetivo es conducir a los jóvenes hacia la virtud–, ni tampoco con la condena de esa otra pederastia entregada al goce de sus cuerpos, sino con la oposición pederastia / matrimonio, despreciando la primera y ensalzando el segundo. He aquí, pues, una primera cita –extensa– que, en mi opinión, revela la tesis de Foucault y, a la vez, puede servir para presentar la corrección que, por mi parte, querría introducir:

“... il s’agit toujours de distinguer deux formes d’amour et de confronter leur valeur. Mais au lieu que cette comparaison joue à l’intérieur d’un Éros dominé, sinon entièrement représenté, par l’amour masculin, pour y faire apparaître deux formes de relations naturellement distinctes : la relation avec les garçons et celle avec son épouse légitime dans le cadre du mariage) ; et c’est à ces deux formes données comme distinctes qu’on posera la question de la valeur, de la beauté et de la supériorité morales. Avec ces diverses conséquences qui modifient considérablement la question de l’Érotique : que l’amour pour les femmes et singulièrement le mariage font, de plein droit, partie du domaine de l’Éros et de sa problématisation ; que celle-ci prend appui sur l’opposition naturelle entre l’amour pour son propre sexe et l’amour pour l’autre ; et qu’enfin la valorisation éthique de l’amour ne pourra plus s’effectuer par l’élision du plaisir physique”<sup>3</sup>.

“... se trata una vez más de distinguir dos formas de amor y de confrontar su valor. Pero en lugar de que esa comparación suceda en el interior de un Eros dominado, si es que no enteramente representado, por el amor masculino, para hacer aparecer en él dos formas moralmente desiguales, parte de dos formas de relaciones naturalmente distintas: la relación con los muchachos y la relación con las mujeres (y más precisamente la que se puede tener con la esposa legítima en el marco del matrimonio); y es a esas dos formas presentadas como distintas a las que se les hará la pregunta del valor, de la belleza y de la superioridad morales. Con estas diversas consecuencias que modifican considerablemente la cuestión de la erótica: que el amor por las mujeres y singularmente el matrimonio forman parte de pleno derecho del terreno del Eros y de su problematización; que ésta toma apoyo en la oposición natural entre el amor al propio sexo y el amor al otro, y, finalmente, que la valorización del amor no podrá ya efectuarse con elisión del placer físico”<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en *Universitas Tarraconensis* XII (1988-1989) 37-49, y lo presento ahora con ligeras modificaciones.

<sup>2</sup> Profesor Titular de Filología Griega del Departamento de Filología Griega de la Universitat de Barcelona. Gran Via de les Corts Catalanes 585, 08007 Barcelona. Teléfono: 934035996; fax: 934039092; correo electrónico: pgilabert@ub.edu

<sup>3</sup> Foucault, M. *Histoire de la sexualité 3. Le souci de soi*. Paris: Gallimard, 1984, pp. 221-222. Todas las citas en francés corresponderán a esta edición.

<sup>4</sup> Foucault, M. *Historia de la sexualidad*, vol. 3, Madrid 1987, pp. 176-7. Todas las citas en castellano corresponderán a esta edición.

Pues bien, lo que querría subrayar es que, si seguimos las directrices marcadas por Foucault, corremos el peligro, excesivo a mi entender, de centrar el debate en torno a una cuestión quizá no tan trascendente –o, mejor dicho, no sólo ella trascendente- como es la del placer:

“ ... c’est autour de cette question du plaisir que s’était développée la réflexion sur la pédérastie dans l’Antiquité grecque; c’est autour de cette même question qu’elle va entrer en régression. C’est le mariage, comme lien individuel susceptible d’intégrer les relations de plaisir et de leur donner une valeur positive, qui va constituer le foyer le plus actif pour la définition d’une stylistique de la vie morale<sup>5</sup> (yo señalaría, además, que esta tesis contradice de hecho el último párrafo de la cita anterior. En efecto, todo cuadraría a mi juicio si se tuviera presente, tal como él mismo asegura, que la “primera consecuencia es que el amor por las mujeres y, de manera especial, el matrimonio, invaden el terreno de Eros”. Pero, después, se centra en el tema del placer, gracias al cual, y sólo gracias al cual, *éros kai gyné* pueden encontrarse).

*“Fue en torno a esta cuestión del placer como se desarrolló la reflexión sobre la pederastia en la Antigüedad griega; es en torno de esa misma cuestión como va a entrar en receso. Es el matrimonio, como lazo individual susceptible de integrar las relaciones de placer y de darles un valor positivo, el que va a constituir el foco más activo para la definición de una estilística de la vida moral”<sup>6</sup>.*

Sinceramente, yo no osaría decir que la Antigüedad griega reflexiona filosóficamente sobre la pederastia centrándose en la cuestión del placer. Es cierto, por ejemplo, que la “biblia” del amor homófilo, es decir el *Simposio* de Platón, nos lega al respecto graves advertencias:

‘Ninguna acción –ha introducido ya la sutil distinción entre la Afrodita Urania y la Afrodita Pandemos- no es por sí misma buena o mala (οὔτε καλή οὔτε αἰσχρά), como por ejemplo lo que nosotros hacemos ahora: beber, cantar o conversar. Ninguna de estas acciones es propiamente buena, pero, al llevarla a cabo (ὡς ἂν πράχθῃ), según como se haga, deviene una cosa u otra: buena, si se hace bien y con corrección, mala, si se hace mal. Lo mismo ocurre con la acción de amar: no cualquier amor es bueno y merece recibir un encomio, sino sólo aquél que nos empuja a amar con nobleza. Pues bien, el eros de la Afrodita Pandemos es verdaderamente vulgar y lleva a término lo que le corresponde; éste es el amor que quieren los hombres vulgares. Los de esta clase aman, en primer lugar, a las mujeres no menos que a los niños; en segundo, sus cuerpos más que sus almas; en último, en la medida de lo posible, aman a los más insensatos, procurando tan sólo dar cumplimiento a su propósito y despreocupándose de si lo hacen con nobleza o no. De aquí que hagan lo que se les presenta por azar, tanto si es algo noble como lo contrario. En efecto, este amor proviene de la diosa que es mucho más joven que la otra y en cuya génesis hubo participación de hembra y de varón. La otra, en cambio, proviene de la Afrodita Urania, que en primer lugar no participa de hembra sino sólo de varón y, en segundo, es más vieja y exenta de hýbris. Es por eso que los inspirados por este amor se inclinan por lo que es masculino, ya que aman lo que por naturaleza tiene más fuerza y mayor entendimiento (τὸ ἑρρωμονέστερον καὶ νοῦν μᾶλλον ἔχον)... en efecto, no se enamora del adolescente hasta que ya comienza a tener juicio (νοῦν), y esto casi coincide en el tiempo con la aparición de la barba. Pues yo creo que los que comienzan a amar a partir de entonces se muestran preparados para compartir y convivir con él toda la vida,

---

<sup>5</sup> Foucault, M. *Op. cit.*, p. 222.

<sup>6</sup> Foucault, M. *Op. cit.*, p. 177.

sin engañarle por haberlo conquistado, siendo como era joven (νεόν), cuando era insensato (ἐν ἀφροσύνη) y, después de reírse de él, huir para perseguir a otro' -las traducciones del *Simposio* son más siguiendo la edición de J. Burnet, *Platonis Opera*, vol. 2 Oxford: Clarendon Press, 1901, rpr. 1991<sup>7</sup>.

Por tanto, el amor –al menos el noble- parece no guardar relación alguna con el sexo, aunque, cuando continuamos leyendo, pronto entramos en esta zona ambigua donde la pederastia, la que implica también contacto sexual, es tácitamente aceptada por razón de los nobles propósitos que la animan:

‘Incluso en la pederastia se puede reconocer a quienes actúan movidos claramente por este amor. En efecto, no se enamoran de los adolescentes hasta que ya comienzan a tener juicio (νοῦν), y esto casi coincide en el tiempo con la aparición de la barba. Pues yo creo que los que comienzan a amar a partir de entonces se muestran preparados para compartir y convivir con él toda la vida, sin engañarle por haberlo conquistado, siendo como era joven (νεόν), cuando era insensato (ἐν ἀφροσύνη) y, después de reírse de él, huir para perseguir a otro... Así, pues, es vergonzoso complacer (χαρίζεσθαι) de manera vergonzosa a un hombre innoble, però bueno complacer a un hombre noble -la pregunta, a buen seguro ingénuo, sería: ¿hasta dónde llega χαρίζεσθαι?-, y es innoble aquel amante que ama más el cuerpo que el alma. Además, no es constante, pues está enamorado de algo que no lo es. Tan pronto como desaparece la juventud del cuerpo –precisamente aquello que ama- emprende el vuelo... bien alcontrario, el amante de carácter virtuoso continúa enamorado a lo largo de toda la vida, unido como está a algo estbale. A estos amantes son a los que la costumbre quiere poner a prueba bien y escrupulosamente, a fin de complacerlos (χαρίζεσθαι) y evitar los otros’<sup>8</sup>.

Esto por lo que hace a Platón. Plutarco, por su parte, decide hablar con suma claridad. Protógenes -recordémoslo- ha iniciado ya la defensa a ultranza del amor pederástico y Dafneo, indignado, le replica:

‘Aunque sólo sea por vergüenza y temor, (el amor pederástico) niega el placer como objetivo. Pero quien tiene por norte la belleza de los jóvenes necesita de algún noble propósito; su pretexto es, pues, la amistad y la virtud (φιλία καὶ ἀρετή). Se cubre de polvo en las palestras, toma baños de agua fría, alza las cejas y, en público y por miedo a la ley, se autoproclama filósofo y prudente; después, cuando es de noche y hay calma *Dulce es la cosecha en ausencia del guarda*’ –las traducciones del *Erótico* son más siguiendo la edición de R. Flacelière. *Plutarque. Dialogue sur L’Amour*. Paris: *Les Belles Lettres*, 1980<sup>9</sup>.

Fijémonos, pues, en que nos equivocáramos de hecho si creyésemos que la reflexión filosófica sobre la pederastia habla primordialmente, como asegura Foucault, del placer. Al contrario, éste, aunque de un modo harto ambiguo, conviene descartarlo en las relaciones pederásticas; en caso contrario, tanto el amante (*erastés*) como el amado (*erómenos*) pueden convertirse en la diana de múltiples críticas. Los pederastas nobles saben perfectamente que han de renunciar al placer en aras a recibir la aceptación general, y los que en verdad persiguen el placer saben que mejor será que nieguen “la dulce cosecha”. En cualquier caso, Plutarco

---

<sup>7</sup> Pl. *Smp.* 181a-c (traducción de Luis Gil. Barcelona: Planeta 1982).

<sup>8</sup> Pl. *Smp.* 181d; 183d-e (*idem*).

<sup>9</sup> *El Erótico* 752.

descalifica también la pederastia como relación amorosa en cuyo seno no puede haber un verdadero intercambio de placer. ¿Por qué digo “también”? Porque en primer lugar, en primerísimo lugar, Plutarco, con una planificación estudiadísima de los argumentos a esgrimir a lo largo del diálogo, atacará a los pederastas por haber mantenido durante siglos que el matrimonio –esto es, las mujeres- nada tiene que ver con *éros*, *philía* *kai* *areté*.

Veámoslo con más detalle o, dicho de otro modo, escuchemos atentos a los personajes implicados en la polémica. Y, en primer lugar, a Protógenes, el entusiasta defensor del amor masculino. Dafneo le acaba de advertir que no piensa tolerar que tilde de vergonzoso al matrimonio, pero él, enérgico, replica:

‘Estas cosas (el amor a las mujeres y el matrimonio), contestó Protógenes, en la medida en que son necesarias para la procreación, los legisladores hacen bien en elogiarlas y aplaudirlas ante la plebe, pero nada relacionado con el gineceo (τῆ γυναικωνίτιδι) participa del verdadero Eros... la necesidad que hombre y mujer sienten de darse mutuamente placer forma parte de lo natural, pero, cuando, debido a su fuerza e ímpetu, el impulso que les mueve a ello deviene excesivo e irrefrenable (πολλὴν καὶ δυσκάρηκτον) no conviene llamarlo Eros. Éste, nada más adueñarse de un alma joven y con talento (εὐφυοῦς καὶ νέας), tiene por fin el logro de la virtud (ἀρετὴν) a través de la amistad (διὰ φιλίας), mientras que el saldo del deseo (ἐπιθυμίας) sentido hacia la mujer es... el goce de su juventud y de su cuerpo (ἀπόλαυσιν ὄρας καὶ σώματος)...’<sup>10</sup>.

A pesar de mi gran admiración por la obra de Foucault, no creo osado afirmar que, después de esta toma de posición inicial, las cosas están muy claras. Si desde una revisión sincera de lo que la filosofía griega mantuvo respecto de la mujer, se quiere recuperarla, ganarla como amiga y compañera, y emprender con ella el camino hacia la virtud gozando de su amor y amistad reales, fruto de unos objetivos y capacidades compartidos<sup>11</sup>, lo que importa no es señalar, por delante de cualquier otra consideración, que de ella se recibe placer –incluso demasiado, según Protógenes-, sino que, en contra de lo que afirma el discurso pederástico –o simplemente masculino- de todas las épocas, no hay nada que inhabilite a la mujer para el amor y la amistad.

Y es que las fronteras que delimitan el ámbito de Eros fueron fijadas de manera rígida y excluyente. Recuérdese, por ejemplo, que los Estoicos todavía optaron por una definición pederástica –pederástico-platónica- de Eros. No reiteraré aquí cuál es, a mi juicio, el alcance real de las palabras de los jerarcas del Pórtico<sup>12</sup>, pero sí convendría hacer mención de las fórmulas estoicas en que Plutarco se apoya para una crítica implacable del amor pederástico: “Eros es un impulso a hacer amistad (ἐπιβολὴ φιλοποΐας) que provoca la belleza al manifestarse”<sup>13</sup>. “Cuando Crisipo dice que Eros es un impulso a hacer amistad, deja entender de los jóvenes que se hallan en la flor de su juventud (νέων ὄραιων)<sup>14</sup>. No obstante, el amor del sabio no es un amor impetuoso (σφοδρὸς ἔρως), incapaz de obedecer a la razón que ha de presidir todos sus actos (ἀπειθῆς λόγῳ); antes al contrario, es un amor provechoso (σπουδαῖος ἔρως) y, por consiguiente, “el sabio se enamorará de los jóvenes cuyo aspecto manifieste talento para la virtud (τῶν ἐμπαινόντων διὰ τοῦ εἶδους τὴν πρὸς ἀρετὴν εὐφυΐαν), tal como dice Zenón en la

<sup>10</sup> *El Erótico* 750C-E.

<sup>11</sup> Véase, por ejemplo, Gilabert, P.: “¿Mujer, matrimonio e hijos en el Estoicismo Antiguo bajo el amparo de Eros? (*Emerita* 53, fasc. 2 (1985) 315-345.

<sup>12</sup> Me refiero al artículo que acabo de mencionar, a mi tesis doctoral *El amor estoico (Estoicismo Antiguo)*, Barcelona 1980, y a la introducción de mi edición del *Erótico* (Barcelona: PPU, 1991).

<sup>13</sup> Stobaeus *ecl.* II 91, 10. *SVF* III, 395.

<sup>14</sup> Sextus *adv. math.* VII 239. *SVF* III, 399.

República, Crisipo en el libro primero de las Vidas y Apolodoro en su *Ética*. Eros es un impulso a hacer amistad... y no es Eros de unión carnal (συνουσία), sino de amistad (φιλία)<sup>15</sup>. “Eros es la caza del joven imperfecto pero con talento (εὐφροῦς) para la virtud”<sup>16</sup>.

Que el Protógenes del *Erótico* usa terminología estoica es evidente, que el “bando contrario”, al atacarlo, lo hará contra la pederastia en general y no sólo contra la naturaleza todavía homófila de las definiciones estoicas de *éros* también, pero lo verdaderamente incontestable es que, o bien se ataca la tradición, larga tradición, que enfrenta a Eros con *gyné*, o la fuente de la amistad y la virtud, (*éros*), jamás invadirá la escena matrimonial.

Ahora sí, ahora habría que parar mientes en el hecho de que Dafneo ataca duro cuando refuta la pretendida ausencia de contacto sexual entre amante y amado, pero siempre con total conciencia de que el objetivo principal es convertir a Eros en paladín del matrimonio:

‘Si la unión con hombres contraria a la naturaleza no destruye ni daña el afecto inspirado por Eros, más lógico es pensar que el que de modo natural hombre y mujer se profesan conduce a la amistad (φιλία) por el camino del favor (χάρις). Éste, Protógenes, fue definido por los antiguos como un consentir de la mujer al hombre, y de aquí que también Píndaro diga que Hefesto nació de Hera “sin su favor”, que Safo, dirigiéndose a una joven que aún no tiene edad de casarse asegure: *Una niña pequeña eres todavía a mis ojos / que a nadie concede sus favores* y de aquí, asimismo, que alguien pregunte a Heracles: *¿Conseguiste por la fuerza el favor de la joven o la sedujiste?* Muy al contrario, el favor de los hombres concedido contra su voluntad, un favor arrebatado por la fuerza y, si es con su consentimiento, muelle y afeminado, permitiendo, en palabras de Platón, que contra lo que es natural los “monten” y “cubran” a la manera de un cuadrúpedo, éste o no es favor o es vergonzoso e incapaz de despertar amor... En consecuencia, si nos preocupa la verdad, Protógenes, deberemos admitir que lo sentido por niños y mujeres es algo singular e idéntico: Eros. Si lo que quieres, en cambio, es seguir tu natural inclinación a la controversia y marcar diferencias, no parece que al amor pederástico le acompañe la razón, sino que, a semejanza de un hijo tardío, un bastardo nacido a destiempo e hijo de las tinieblas, intenta desheredar a su hermano mayor, al Eros legítimo. Pues fue ayer o anteayer, amigo mío, que furtivo entró en los gimnasios para contemplar a los jóvenes despojándose de sus vestiduras. Al principio, frota con suavidad su cuerpo contra el suyo y los abraza; después, cuando poco a poco ha ido adquiriendo alas en la palestra, no puede ya contenerse, sino que decide injuriar y ultrajar aquel Eros conyugal, que asegura la inmortalidad para el género humano reavivando a lo largo de las generaciones la llama a extinguir de nuestras vidas... Con todo, si como dice Protógenes, la pederastia excluye el sexo, ¿cómo puede existir Eros sin Afrodita, siendo como es su protector, designado por los dioses... Por otra parte, si hay Eros sin Afrodita, es como la borrachera sin vino’<sup>17</sup>.

En adelante, nadie podrá albergar duda alguna –debe de pensar Plutarco- sobre qué significa en realidad “complacer de un modo no vergonzoso” –Plutarco conoce muy bien el lenguaje erótico platónico- o, para ser más exactos, sobre qué significa “complacer”, “favor”, etc. Pero no nos engañemos, el discurso que acabamos de oír da fe, sí, de las ventajas de la práctica del sexo, del favor, en el seno del matrimonio, infinitamente más estimulante según Plutarco que la continencia pederástica o sus “dulces cosechas”. Y, sin embargo, es la amistad la que recibe toda la atención del filósofo, aunque la presente casada con *cháris*. Plutarco es demasiado inteligente,

---

<sup>15</sup> D. L. VII, 129. *SVF* III, 716; Cicero *Tusc. disp.* IV 72; *SVF* III, 652; Stobaeus *ecl.* II 115, 1 W. *SVF* III, 650.

<sup>16</sup> Plutarchus *de comm. not.* cp. 28 p. 1072f. *SVF* III, 719.

<sup>17</sup> *El Erótico* 751C-752B.

sutil y, a la vez, demasiado hábil para plantear una estrategia positiva, en el fondo bastante burda, como la siguiente -y no pretendo decir que Foucault vea exactamente las cosas de este modo: “¿Muchachos o mujeres? Mujeres, porque de ellas recibimos placer además de amistad, mientras que de los primeros sólo se obtiene amistad pero no placer”. No, lo que se esconde tras toda la argumentación es algo más profundo y en aquel tiempo perfectamente conocido. ¿A qué me refiero? Al hecho de que, dividida la sociedad por múltiples razones –complejas, claro está- en dos compartimentos estancos y enfrentados entre sí, el masculino y el femenino, surgiendo la camaradería allí donde sólo podía nacer, es decir, entre colegas, y arrogándose los hombres el ejercicio del intelecto, tan pronto como la mente humana se entregó a la búsqueda de la Belleza o Bien absolutos, creyó descubrir sus reflejos en las bellas figuras de los adolescentes, pero no en las de las jóvenes, que en absoluto eran preparadas para convertirse en rectoras. La belleza de los jóvenes, con todo, había dejado de jugar papel alguno en la consecución del Bien, aunque la errática terminología estoica parezca indicar lo contrario. El platonismo había abandonado ya su antigua admiración por la belleza física<sup>18</sup>. La virtud no es ya la visión última de cualquier filósofo “místico”, sino una ciencia con reglas propias que hay que aprender, con maestros que la enseñan –pero no amantes- y con alumnos con “talento” –pero no amados- que la aprenden. ¿Tan sólo hombres? Por supuesto que no; son ya generaciones diferentes las que han soñado repúblicas ideales –cónicas, estoicas- de verdaderos ciudadanos-compañeros, enamorados de la Virtud y el Bien comunes, para osar o simplemente querer ejercer discriminación alguna. ¿Habría que mencionar el ejemplo revelador de Hiparquia, entusiasta seguidora de los dictados cónicos en compañía de Crates<sup>19</sup>? ¿Habría que mencionar las certeras críticas de Plutarco contra el *éros* estoico, tan absurdo que los sabios del Pórtico persiguen a los jóvenes feos para abandonarlos después, cuando la belleza –a lo que parece insoportable- ha hecho acto de presencia en sus personas?<sup>20</sup>. La nueva ciencia de la virtud no necesita ya la belleza de los jóvenes, pues es patrimonio del hombre y de la mujer<sup>21</sup>, convertidos ahora en verdaderos amigos y camaradas por el hecho de compartir las mismas facultades.

Pues bien, éste sería el núcleo central alrededor del cual la Antigüedad reflexiona sobre la pederastia, no el placer *stricto sensu*. Plutarco sabe muy bien que puede “aprovecharse” de las “limitaciones sexuales” del amor masculino; que nadie osará contradecirle cuando subraye las excelencias de la unión Eros-Afrodita; que podrá avergonzar a los pederastas con la cuestión del favor, etc., etc. No obstante, aunque la mujer aparezca como la garantía incontestable de todos los placeres imaginables, jamás podrá ampararse bajo la sombra protectora de Eros –tradicionalmente pederástico- si no participa de la inteligencia y la virtud. Y he aquí la confirmación cuando la estudiada distribución de argumentos de Plutarco a lo largo del diálogo ha alcanzado finalmente su meta:

‘En suma, afirmar que la mujer no participa en modo alguno de la virtud (ἀρετῆς) es sin duda absurdo. Por otro lado, ¿qué necesidad hay de mencionar su sensatez e inteligencia (σωφροσύνης καὶ συνέσεως), y aun su fidelidad y sentido de la justicia (πίστεως καὶ δικαιοσύνης), cuando son muchas las que han demostrado valor, coraje y generosidad? Y, por supuesto, afirmar que su naturaleza es noble en todo lo demás, pero acusarlas de estar únicamente incapacitadas para la amistad (φιλίαν) es indigno<sup>22</sup>... Dicen, con razón,

<sup>18</sup> Véase, por ejemplo, Gilabert, P.: “Amor platónico/ Amor estoico, principio y final de una evolución”. *Anuario de Filología* 10, Barcelona 1984, 27-37.

<sup>19</sup> D.L. VI, 7, 96-7.

<sup>20</sup> Plutarchus *de com. not.* 1072f. SVF III, 719.

<sup>21</sup> D.L. VI, 12. SVF I, 481. Cf. Lactant. *instit. div.* III 25. SVF III, 253; Clemens Al. *Strom.* IV 8 p. 590. SVF III, 254.

<sup>22</sup> *El Erótico* 769C.

que la juventud “es la flor de la virtud” (ἄνθος ἀρετῆς), pero es absurdo negar que la mujer dé fruto alguno o tenga talento para alcanzarla (μηδὲ ποεῖν ἔμφασιν εὐφυσίας πρὸς ἀρετὴν), pues, como bien dice Esquilo: Cuando veo la mirada ardiente de una joven mujer, / comprendo que acaba de gozar del amor de un hombre. Así pues, si las señales de un carácter libertino, desenfrenado y corrupto quedan grabadas en el rostro de una mujer, ¿por qué no iba a suceder lo mismo con el resplandor de su natural mesurado y prudente (κοσμίου καὶ σώφρονος)? ¿O es que son tantas las huellas, las unas superpuestas a las otras, que terminan por no despertar nuestro amor (ἔρωτα)? Sin duda nada de esto es cierto, pues sería del todo lógico y falso<sup>23</sup>.

O, volviendo al tema de la belleza como reflejo del Bien superior:

‘Por lo demás, las causas a las que imputan la generación de Eros no son exclusivas de uno u otro sexo, sino comunes a ambos. Pues, en lo tocante a las imágenes que penetran en el cuerpo de los enamorados y que, al recorrerlo, agitan y ponen en movimiento sus masas hasta hacerlas fluir convertidas en esperma, ¿es que sólo pueden provenir de los niños, pero no de las mujeres? Y, a su vez, estos bellos y sagrados recuerdos que decimos los llevan hacia aquella divina, verdadera y olímpica Belleza y gracias a los cuales el alma adquiere alas, ¿qué impide que procedan de niños y adolescentes, pero también de vírgenes y mujeres, cuando el carácter íntegro y disciplinado (ἀγνὸν καὶ κόσμιον) de unos y otras se deja ver en la juventud y gracia de sus cuerpos (exactamente igual a como, en palabras de Aristón, “un zapato ajustado recoge y realza la belleza del pie”), o cuando en las bellas formas y cuerpos puros descubren, cuantos son capaces de tales percepciones, las claras, certeras e intactas huellas del alma?... ¿Sería lógico, por tanto, que quien se guía por la nobleza de su carácter y no por el pacer, se fijara antes en el sexo que en la bondad y talento (οὐ πρὸς τὸ καλὸν οὐδὲ τὴν εὐφυσίαν) de la persona amada?’<sup>24</sup>.

Por cierto, si el tema clave es el placer, habría que tener en cuenta que, con ésta, son dos ya las ocasiones en que el Plutarco platónico se muestra muy prudente. Primero fue la mirada de aquella joven que evidenciaba, a lo que parece, haber gozado de un placer excesivo –?-, y ahora leemos esta exhortación al deseo contenido de los humanos que ha de conducirles a la virtud. Y lo saco a colación porque Foucault dice también:

“On voit le dilemme: ou bien les *aphrodisia* sont incompatibles avec l’amitié et l’amour, et dans ce sa les amateurs de garçons qui en secret jouissent des corps désires sont déçus de la dignité de l’amour ; ou bien on accepte que les voluptés physiques prennent place dans l’amitié et dans l’amour, et alors il n’y a pas de raison d’exclure de ceux-ci la relation avec les femmes”<sup>25</sup>.

“Se ve el dilema: o bien los *aphrodisía* son incompatibles con la amistad y el amor, y en ese caso los aficionados a los muchachos que en secreto gozan de los cuerpos deseados han caído de la dignidad del amor, o bien se acepta que las voluptuosidades físicas tomen su lugar en la amistad y en el amor, y entonces ya no hay razón para excluir de éstos la relación con las mujeres”<sup>26</sup>.

---

<sup>23</sup> *El Erótico* 767B.

<sup>24</sup> *El Erótico* 766E-767.

<sup>25</sup> Foucault, M. *Op. cit.*, p. 233.

<sup>26</sup> Foucault, M. *Op. cit.*, p. 186.

No hay desde luego razón alguna, pero lo cierto es que Plutarco no parece admitir más que un placer moderado y bajo control, puesto que Dafneo, al replicar de nuevo a Protógenes, le recuerda una cita pederástica de Solón y añade:

‘Por tanto, creo que Solón escribió aquello cuando todavía era joven y, como dice Platón, “rebosante de esperma”, pero esto otro cuando era anciano: Gratos me son ahora los trabajos del que en Chipre naciera, de Dioniso, / y también de las Musas, pues son ellos quienes hacen felices a los hombres, como si, tras el oleaje y la tempestad (ζάλης καὶ χειμῶνος) del amor pederástico, condujera su vida al puerto en calma del matrimonio y la filosofía (ἐν τινι γαλήνῃ τῇ περὶ γάμον καὶ φιλοσοφίαν θέμενος τὸν βίον)’<sup>27</sup>.

Más bien da la impresión, pues, que Plutarco, platónico, estoico, etc., opta por el equilibrio y no por la pasión y la erotomanía, y, por otra parte, cuanto hemos extraído del diálogo para demostrar su interés por redimir a la mujer y presentarla como ser inteligente, virtuoso, fuerte y lleno de coraje, responde sin duda alguna a la necesidad de contradecir los presupuestos iniciales de Protógenes:

‘Si a esta pasión (el amor a las mujeres) (πάθος) debemos llamarla también Eros, tengámoslo por afeminado y bastardo (θηλιν καὶ νόθον)... existe un único y auténtico Eros. Se trata... del inspirado por los adolescentes (παιδικός)... lo verás sobrio y entero (λιτὸν... καὶ ἄθρυπτον) en las escuelas de filosofía (ἐν σχολαῖς φιλοσόφοις), o quizá en los gimnasios y palestras (γυμνάσια καὶ παλαίστρας)... En cambio, ese otro Eros blando y casero (ύγρὸν... καὶ οἰκουρὸν) que pasa los días en los senos y lechos de las mujeres (ἐν κόλποις... καὶ κλινιδίαις) y que persigue constantemente una vida muelle (τὰ μαλθακὰ) debilitada por placeres ajenos a la virilidad, la amistad y la inspiración (ἡδοναῖς ἀνάνδρσι καὶ ἀφίλοις καὶ ἀνευθουσιάστοις), ése merece la pena proscribirlo... La amistad (φιλία) es un sentimiento noble y propio de ciudadanos (καλὸν καὶ ἀστεῖον), mientras que el placer es común a todos e indigno de un hombre libre (κοινὸν καὶ ἀνελεύθερον), por lo cual no le corresponde tampoco amar a los esclavos jóvenes, ya que este éros, como el recibido de parte de las mujeres (ὁ τῶν γυναικῶν) es simple comercio sexual (συνουσία)’<sup>28</sup>.

Plutarco ha presentado ya –al menos en el orden de mi exposición- la apología correspondiente. Las mujeres no son blandas, ni depravadas, ni falsas; antes al contrario, son íntegras, fuertes, llenas de coraje, virtuosas, inteligentes, dignas de ser tenidas en cuenta como compañeras fieles, y su amistad es altamente apreciada. A partir de ahora, una vez puesto el énfasis en lo que a mi entender ocupa la cima jerárquica de la polémica, puedo comulgar y comulgo totalmente con Foucault, en especial cuando subraya la amistad y el amor que *El Erótico* ubica definitivamente en el seno del matrimonio, aunque él haya optado por dar preferencia al placer, hasta el punto de otorgarle la categoría de escenario donde la Antigüedad somete a debate a la institución pederástica:

“Dans le mariage, aimer est un plus grand bien qu’être aimé’. La formule est importante dans la mesure où dans toute relation d’amour, l’érotique traditionnelle marquait fortement la polarité de l’amant et de l’aimé et de la nécessaire dissymétrie entre l’un et l’autre. Ici, c’est la double activité d’aimer, présente chez les deux conjoints, qui constitue

---

<sup>27</sup> *El Erótico* 751E.

<sup>28</sup> *El Erótico* 750F-751B.

l'élément essentiel ”<sup>29</sup>.

*“En el matrimonio, amar es un bien mayor que ser amado’. La fórmula es importante en la medida en que, en toda relación de amor, la erótica tradicional marcaba fuertemente la polaridad del amante y del amado y la necesaria disimetría entre el uno y el otro. Aquí, es la doble actividad de amar, presente en los dos cónyuges, la que constituye el elemento esencial ”<sup>30</sup>.*

Tan sólo una apostilla final: que Plutarco (II d. C.) tuviera que defender todavía la amistad femenina en términos tan apasionados muestra cuán largo era todavía el camino por recorrer. No sé si por un momento el lector habrá pensado en lo mismo que he pensado yo, pero a mi mente vienen ahora datos y estadísticas actuales sobre esta difícil amistad entre hombres y mujeres que nunca parece cuajar del todo.

---

<sup>29</sup> Foucault, M. *Op. cit.*, p. 241.

<sup>30</sup> Foucault, M. *Op. cit.*, p. 193.